

TRADICIONES DE AÑO NUEVO

La rutina ha ahogado, pero no ha destruido, el simbolismo de estos acontecimientos que siguen emocionando a la humanidad: el del nacimiento de Cristo, el Christ-mass, la misa de Cristo sobre el mundo, y el de la llegada de un Año Nuevo.

Esta última es la fiesta más antigua del mundo. Se encuentra en el Antiguo Egipto, en Persia, en el mundo de los hebreos, en Asia como en la Europa precristiana, en la vieja Roma como en la Hélade pagana, o en el mundo americano precolombino.

Fue siempre la del Año Nuevo una fiesta religiosa, porque los antiguos no concebían nada desligado de la divinidad. Se pedía a los dioses un año mejor en las cosechas, en la guerra, en la vida diaria. La historia está llena de frases rituales que en Egipto como en Persia se intercambiaban las gentes, tal como nosotros nos intercambiamos ahora el ¡Feliz Año Nuevo!. Los regalos iban y venían de unas manos a otras, y las ofrendas llenaban los altares. En Egipto, lo habitual era confiar en dos mensajeros dulcísimos, los higos y la miel, el vaticinio que rezaba: "Dulce y bienhechora es la verdad perfecta".

En el mundo pagano más próximo a nosotros, el de romanos y griegos, el primer día del año era un verdadero aquelarre, una locura hecha en honor de Saturno y de Jano, principalmente de éste, el Janitor, el portero de los meses por venir con el año. Desde muchos siglos atrás se generalizó la costumbre de saludarnos el Año Nuevo deseando a los otros y a uno mismo ventura, felicidad y bienestar. Las fórmulas "Annum Novum Faustum Felicem Mihi et Filio" circulaban en pequeños medallones de arcilla vendidos por todas partes en el mundo romano. Ya más cerca del cristianismo, a esas palabras que querían ser auspiciosas se les añadía el "precor" (te deseo, te anuncio), porque el individuo, la persona, se iba haciendo más presente.

En todo el mundo antiguo era tradicional estrenar ropas nuevas ese día, porque se pensaba traer así la abundancia a lo largo del año. Yo he alcanzado la costumbre criolla de "estrenar algo el día de Año Nuevo": un traje el que podía, una camisita por lo menos el que no podía más. Y los niños saliendo en grupo, cantando himnos saturnales, por Baco y por Jano, para pedir al mismo tiempo lo que hoy llamamos aguinaldo, el gui-el-an, el mistletoe, es una costumbre tan antigua y extendida que la hallamos por Año Nuevo en el mundo nórdico de veintitantos siglos atrás, como en el mundo precolombino. En Miami, los niños hijos de los indios miamis bailaban y cantaban para recibir el Año Nuevo con la misma euforia con que los niños peras, o los chinos, o los griegos lo hacían al mismo tiempo.

Fuese porque era característico del mundo precristiano el buscar el acercamiento a la divinidad mediante un enloquecimiento breve, una alucinación producida por alguna droga o por el alcohol, es un hecho que en todas partes aparece la fiesta por el primer día del año como una gran extravagancia. Ese grave señor que el 31 de diciembre se coloca un gorrito de colores y agita una horrible matraca para hacer mucho ruido, ignora probablemente que está haciendo exactamente lo mismo que hacían los romanos, los anglosajones, los celtas, los griegos, los aztecas. Disfrazarse de animal o de demonio es un permiso que se saca para aturdirse durante unas horas y beber más de la cuenta sin que la mujer te haga un hematoma en el costado a fuerza de codazos. En la vieja Inglaterra precristiana había ya un saludo de Año Nuevo que decía, con la gramática de la época: "A pocket full a money and a cellar full of beer".

Pero el mundo anterior a Cristo iba a recibir un día la noticia, el Evangelio de que había nacido un Hijo de Dios. Ese nacimiento, por supuesto, estaba lleno de símbolos. Ocurrió el día más triste del año para los pueblos paganos, que era el solsticio de invierno, el día de la noche más oscura. Y en medio de



esa noche, salió el sol de repente. Él venía a hacer innecesario el culto al sol del cielo, adorado por los paganos. Venía a enseñar a los hombres a comunicarse con la divinidad sin embriagarse hasta el embrutecimiento y, sin hacer cabriolas y ruidos infernales. Jano y Baco necesitaban que desde aquí abajo se hiciese una alharaca estruendosa, pero el Noel, el que sería llamado Enmanuel el primer día de enero, había bajado a la tierra para oír boca a oído a los humanos.

Mucho debieron luchar los primeros cristianos para que se aceptase la fecha del 25 de diciembre como la del nacimiento de Jesucristo. Es una triste historia. No fue en el siglo V de nuestra era que se hizo posible instaurar la celebración de la Navidad tal como hoy lo hacemos. En los pueblos nórdicos, con Islandia a la cabeza, que habían celebrado desde siempre el 21 de diciembre, solsticio de invierno para ellos, resultó extremadamente difícil convencer a las gentes que ya no tenía sentido festejar el Año Nuevo a la manera pagana, porque aquellos dioses se habían ido. Y en el mundo nórdico, como en el centro y el sur de Europa, se hizo necesario para la Iglesia convivir con la gran fuerza de las tradiciones precristianas. En eso estamos todavía.

La dueña de casa que arroja agua a la calle al dar las doce de la noche el 31 de diciembre, no sabe que está haciendo exactamente lo que hacían en Roma Calpurnia o Sixtilia. Ese gordito que se desmelenaba, se alborota, y sale bailando una conga por la calle a las doce de la noche, no hace sino lo que en Atenas se hacía, sin maracas quizás, pero con tambores, flautas y platillos.

Todo esto quiere decir, sencillamente, que la Navidad no es vivida todavía en su plenitud, en su inmensa verdad completa. Hay todavía demasiados hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que necesitan aturdirse, como el bailarín de las saturnales y hundirse en una tormenta de ruidos más o menos musicales, a riesgo de que los decibelios los dejen sordos y atontados para mucho tiempo.

Si tuviésemos oídos para la música sublime de la Navidad, no necesitaríamos para nada, esta locura del Año Nuevo. San Agustín se horrorizaba de lo que la gente comía y bailaba y gritaba el 31 de diciembre. Si San Agustín se asomase en estos tiempos por aquí...

DOS POEMAS DE GASTÓN BAQUERO

A Miguel de Unamuno

Desde la nada entiende esperanzado
Como es la nada el todo que nos une
A golpes de una lanza que al costado
Sangre de nada a boca y lo consume.

De pie por bajo el suelo despertando
Rocas de cuerpos idos en el sueño
Hace noción de fatigoso hilando
Trebejos de nacer naciendo empeño.

Aun dice no a la prendida hora
Cuyo seco minuto le detuvo
Allende toda noche y toda aurora.

Aun dice no mostrando lo que tuvo
De la sombra de Dios con que se dora
Toda sombra hominal que en nada estuvo.

(Para Horacio Ledón)

*This is the way the world ends
Not with a bang but a whimper.*
T. S. Eliot.

Ha de nacer el pez para escalar tu rostro
Y la vestimenta fundida en cuerpos de amazonas
Saltando arrasando obscureciendo las delineadas rosas
Apuntala en el limo estas resplandecientes arañas
O destruye el espejo en que el minotauro posa
Porque la tierra no basta para el hombre
Porque la tierra no basta para el hombre
Sólo sobre el planeta matrimonios de espadas
Sin menoscabo de espumas y respuestas
Adargas de tinieblas alzadas por delfines
Vaciamos el mar bajo los anchos cráneos.

No con un golpe sino con un sollozo
Erige su castillo el postrer gonfaloniero
Mientras son de manos nacidos encajes y estandartes
Clava en la colina su cuna de esperanzas
Vertiendo el seco hilo hasta ceñir la herida
O si va el cementerio atado a su bolsillo
Desespera aterra paraliza un aire de artificio
Paseado entre las nubes por gigantescas hembras
Cuelga de nuevo el puente a la columna de sus dedos
Y levanta la noche lanzándola al jardín de anchos cráneos.

Cuando ya no se sabe
Y si no recupera su destino
Cuando ya no se sabe qué lamento inventar para una muerte.